

Acceso a los manuscritos de Jaime Bonet

Fuente de unos Ejercicios predicados a dirigentes VD (1981)



Texto 24. *Castidad*¹

1. La castidad, experiencia esponsalicia

Por el voto² de pobreza me libera Dios de la esclavitud de todas las cosas. Y me ofrece las riquezas del Reino. Me cambia lo temporal por lo eterno, lo material por lo espiritual, lo mortal por lo inmortal, lo natural por lo sobrenatural, lo mutable por lo inmutable y permanente. Por el voto de castidad, por la virginidad consagrada, por el celibato, me libera Dios del dominio de las personas sobre mí, de la esclavitud del mundo y se me ofrece Él como único dueño y Señor de mi vida, como esposo único y definitivo, como amor exclusivo y absoluto de todo mi ser. El voto de virginidad, muy distinto de la soltería, consagra mi vida al Señor, de forma que toda mi persona no es ya pertenencia de hombre, individuo o persona alguna de la tierra, sino propiedad única y exclusivamente del Señor.

2. La castidad, experiencia bíblica

Mediante el voto, me desposo en fidelidad, dejo de ser tierra de nadie para ser propiedad privada del Señor para toda su Iglesia. «El Señor es mi herencia y mi copa» (cf. Sal 16,5). El objetivo es dejar el corazón libre para Dios, mi mente y todo mi ser disponible solo para Él, la integración de todo el ser en Él. Es el clima propio para la oración que me libera de toda otra preocupación y ocupación que no sea el Señor, su querer, gusto e interés; sin que nadie tenga sobre mí derecho alguno, a ningún nivel, más que Jesús. «Huerto eres cerrado, hermana mía, novia, huerto cerrado, fuente sellada» (Ct 4,12). «El no casado se preocupa de las cosas del Señor, de cómo agradar al Señor. [...]. La mujer no casada, [...], se preocupa de las cosas del Señor, de ser santa en el cuerpo y en el espíritu» (1Co 7,32-34). Lo que nos distingue es la exclusividad de toda la persona: sola y exclusivamente para el Señor. Es la persona que permanece a solas con Jesús, como estado permanente y perpetuo. El hogar y familia es el Señor. El vivir es Cristo.

¹ Cf. J. Bonet, *Manuscritos*, Cuaderno 10a, pp 66-69. Siete Aguas, 9 septiembre 1981. Las segmentaciones del texto y las notas proceden del editor y se indican con letra redonda, mientras que la letra cursiva se reserva para la transcripción del texto manuscrito de J. Bonet. En las notas se indica con exactitud el inicio de cada página del texto, para facilitar el acceso a posibles citaciones y además, se señalan variantes útiles para una edición crítica.

² Cf. J. Bonet, *Manuscritos*, Cuaderno 10a, comienzo de la página 66.

3. La castidad, experiencia de pertenencia exclusiva al Señor

Por el voto de virginidad, la persona, libre y voluntariamente, renuncia a todo vínculo de carne y sangre, para vincularse solamente al Señor, sin acepción de personas ni compromiso alguno con nadie. Adquiere la persona la independencia de todos los hombres, como la mayoría de edad, para seguir más de cerca a Jesús, virgen y pobre, independiente y libre de sus padres de la tierra, para dedicarse de pleno al Señor: «Y ¿por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?» (Lc 2,49).

La virginidad no es privación, sino dedicación plena, a jornada íntegra. Es ser³ persona totalmente libre de todo compromiso, pues solo puedo atender a cuanto me indica, me insinúa⁴ y agrada al Señor, que me acapara y me ocupa todo el ser. Si vivo en positivo la virginidad, me envuelve Jesús, el Cristo total, de forma exhaustiva y plena⁵. Además, me seduce y cautiva. Es opción decidida y completa de seguimiento solo a Él y para Él, pues la virginidad es capacidad para el amor y sensibilidad solo a Él. No es ausencia, sino presencia continua, ininterrumpida.

La virginidad no tiene turnos ni horario. Es como un sacramento permanente de amor, de ofrenda y donación al Señor; por esto no tiene medida, solo la del amar sin medida hasta morir. Sigue y debe mantener la actitud del cordero, que se ofrece incesantemente, para rellenar el hueco o hemorragia de amor que deja el pecado en el mundo. Con Él, soy precio de redención, por lo que interesa no reservarme nada. Debiera ser la respuesta continua en la tierra a la propuesta eterna de amor, por parte del Señor, a los hombres; el «sí» imperturbable de María, que salva y redime del «no» a todos los hermanos, como instrumento cualificado en manos del Redentor, como sangre de reserva para todo su Cuerpo.

4. La castidad va unida a la oración

Virginidad y oración se explican mutuamente, pues la virginidad no tendría sentido alguno sin la entrega constante del amor al Señor. La virginidad tiende a la oración como la flecha al blanco, como el amante al amado, como el niño a los brazos de la mamá. Sin una vida de oración y trato incondicional con Jesús no sería ya virginidad ni habría posibilidad de continencia del corazón, pues el corazón no puede dejar de amar y no puede el amor ser sustituido por cosas ni abstracciones. Sin mucha oración pronto se perdería el sentido de la virginidad y la posibilidad de vivirla. Solo Dios responde adecuadamente a toda aspiración y ansia del corazón del hombre y la realización de la virginidad es una locura de amor por Cristo, como su locura por nosotros.

Este mundo de hoy, de forma imperiosa, pide y busca, por todas partes, la identidad del hombre, su destino y vocación suprema y definitiva, que solo es Dios. La virginidad es el desafío más clamoroso y rotundo a la maniobra actual del amor humano a todos los niveles. La virginidad bien vivida, realizada, constituye la afirmación más rotunda, para el hombre, de la existencia, plenitud, riqueza absoluta de Dios y de la identidad, destino y vocación definitiva del hombre.

³ Añadimos: Es ser.

⁴ Cf. J. Bonet, *Manuscritos*, Cuaderno 10a, comienzo de la página 67.

⁵ Literalmente: total.

5. La castidad anticipa el más allá, donde no se casan ni se casarán

La virginidad así, en positivo, por el Reino es el testimonio más fuerte de transcendencia, de la existencia del más allá, del Reino de los cielos, donde «ni se casan ni se casarán, sino que serán como ángeles en el cielo» (cf. Mt 22,30). Por esto, se comprende que, si el mundo odia a Dios, centra fuertemente su odio contra el recuerdo vivo y constante de su presencia, que es la virginidad consagrada. María es la mejor guía y defensa del amor a solas con Dios⁶, de una comunión de este amor en la fe, del que tiene que ser un sacramento toda la comunidad.

II. Prolongación de la meditación

La virginidad⁷ está en función del trato con Dios. Este vivir libre de personas solo para Dios nos daría, como resultado, una comunidad de fe, de esperanza y del amor de Dios en la tierra. Personas de una sola fe, un solo bautismo, un solo Padre y un solo Señor, Jesucristo.

Resultaría una comunidad orante, un ambiente de paz de Dios, no como la del mundo. Ambiente de silencio y recogimiento, ajeno al bullicio del mundo. Clima de desierto fecundo y recreante, que invita a la interiorización, con mayor «olvido de lo creado, memoria del Creador, atención a lo interior y estarse amando al Amado»⁸. Lugares de Dios en donde la gente, con menor esfuerzo, da con Él y dialoga sin dificultades, aquí donde la virginidad ofrece al Espíritu la floración de sus dones y frutos, que sanean el mundo; pues virginidad y oración van siempre de la mano, se buscan hasta que se encuentran y la una exige la presencia de la otra de forma necesaria y espontánea.

La limpieza total de corazón detecta, revela la presencia y encanto de Jesús, que excluye cuanto no es Él. El síntoma de tal presencia de Dios en el alma sinceramente virgen, de cuerpo y espíritu, es el olvido del trato con los hombres y la repugnancia al mucho hablar con las personas; la necesidad creciente de silencio con los demás y de comunicación ininterrumpida con Dios a solas. La intimidad con Dios rehúye la presencia e intervención de los hombres. Pronto el alma limpia y orante busca la soledad externa e interna para el trato con Dios y rehúye las conversaciones e intercambios con los demás.

La necesidad, en cambio, de reuniones y revisiones, de trato y más trato con la comunidad es prueba evidente de la vaciedad de corazón y de almas aparatosas que, al no tener y gozar de Dios, precisan la compensación de sus creaturas, que desnutren más y más cada día y marginan cada vez más al Señor de la comunidad. La virginidad fecunda distancia cada vez más el trato con los hombres, porque lo considera más eficaz y es, además, una actitud de caridad y justicia para con los hermanos. Así, Teresa del Niño Jesús consideraba mucho más eficaz y de mayor fruto pasarse ante el sagrario el tiempo destinado a tratar con las novicias, aunque hicieran cola esperándola y tuvieran que estar días y más días sin hablar con ella.

⁶ Literalmente: La mejor guía y defensa es María.

⁷ Cf. J. Bonet, *Manuscritos*, Cuaderno 10a, comienzo de la página 68.

⁸ Cf. San Juan de la Cruz.

Impureza y oración no se casan; carne y espíritu son antagónicos, se excluyen uno al otro; sus frutos son totalmente opuestos. El alma virgen, de cuerpo y espíritu, lleva en sí la mayor pobreza y obediencia. Para ella Dios lo es todo y, fuera de Él, nada le puede. Necesariamente es pobre y obediente, aunque viviera en un palacio⁹.

¡Qué poco dicen los hombres al que trata directamente con Dios! La persona que no ora mucho, y más si es dirigente, desvía de Dios a las personas que trata y atrofia las reuniones y la comunidad. Veo que la necesidad de hablar con los amigos y de reunirse disminuye al ritmo que aumenta el trato a solas con Dios. El proceso rápido de seguimiento de Jesús está en la imposición voluntaria de buscar en Jesús los desahogos y recreos que busco en los hombres. A menudo, se avanza más y mejora más la comunidad rogando al dueño de la mies que animándola en conversaciones con los obreros¹⁰.

La comunidad¹¹, para ser sacramento de Cristo, tiene que vivir la pobreza, castidad y obediencia. El enemigo más fiero, el más fuerte y más pertinaz es el propio yo: mi egoísmo. Para que viva solo su amor, me exige Jesús liberarme de todas las cosas, de todas las personas y de mí mismo: pobreza, castidad y obediencia. Quien no renuncia a padre, madre y a todo cuanto posee y aun a sí mismo, no puede ser mi discípulo.

III. Anotaciones

-Ejercicios espirituales para vencerse a sí mismo.

-Dos banderas: Pobreza, oprobio, desprecio, humildad. Los grados de humildad.

-La flor y nata del amor: la obediencia. «La medida del amor es la obediencia».

-El grano de trigo. Se humilló haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz.

IV. Pautas de oración-reflexión-diálogo

1. ¿Puede el amor de Dios llenar el corazón del ser humano?
2. ¿Por qué la Biblia usa tanto la simbología esponsalicia refiriéndose a Dios?
3. ¿Cómo llena Dios mi afectividad?
4. ¿Qué papel juega mi oración en la vivencia de una afectividad casta?
5. ¿Transmito con libertad que solo Dios basta?

V. Recuerda...

«Por el voto de pobreza me libera Dios de la esclavitud de todas las cosas».
«Por el voto de castidad, me libera Dios del dominio de las personas sobre mí».

⁹ Texto escrito en margen, p 68.

¹⁰ Texto escrito en margen, p 68.

¹¹ Cf. J. Bonet, *Manuscritos*, Cuaderno 10a, comienzo de la página 69.

«Se me ofrece Él como único dueño y Señor de mi vida, como esposo único y definitivo, como amor exclusivo y absoluto de todo mi ser».

«El voto de virginidad, muy distinto de la soltería, consagra mi vida al Señor».

«La virginidad no es privación, sino dedicación plena, a jornada íntegra».

«La virginidad tiende a la oración como la flecha al blanco, como el amante al amado, como el niño a los brazos de la mamá».

«Sin mucha oración pronto se perdería el sentido de la virginidad y la posibilidad de vivirla».

«Solo Dios responde adecuadamente a toda aspiración y ansia del corazón del hombre».

«La realización de la virginidad es una locura de amor por Cristo, como su locura por nosotros».

«María es la mejor guía y defensa del amor a solas con Dios».